

Esperar por otros...

El desafío de esperar por los desesperanzados - Nurya Martínez-Gayol

Índice

Introducción	7
I. Desesperación y desesperanza	9
II. La VR ante la crisis de Esperanza. ¿Tenemos razones para la desesperanza?	19
1. La inestabilidad de un tiempo bisagra.....	19
2. Amenazados por la desesperanza... ..	20
3. Experiencia de “pérdida”.....	24
4. Entre la nostalgia y el falso idealismo.....	26
5. Convocados para ser signos de esperanza.....	27
III. ¿Tenemos razones para la desesperanza? ¿Cambiemos la pregunta!	33
1. ¿De “qué” esperamos, a “Quién” es nuestra esperanza?.....	33
2. ¿Qué espera Dios de nosotros?.....	37
2.1. Dios tiene esperanza en nosotros.....	37
2.2. La encarnación es la condición de posibilidad de su esperanza.....	38
2.3. Dios espera en todos y en cada uno de nosotros.....	38
2.4. Dios espera de sus hijos.....	40
2.5 Cada ser humano es responsable de la esperanza de Dios y del mundo.....	40
3. El deber de no desesperar.....	42
3.1. Desde las víctimas.....	42
3.2. Desde el rostro sufriente del otro.....	43
IV. La cuestión definitiva. ¿Para quién esperamos?	47
1. Esperar “en otros”. La dimensión intersubjetiva de la esperanza.....	47
1.1. Entre el temor de perder y la alegría de soltar.....	47
1.2. La esperanza como don y confianza en el otro.....	49
1.3. Esperar del otro.....	50

2. Esperar con otros.....	51
2.1. El “nosotros” como sujeto de la esperanza.....	51
2.2. La esperanza en comunidad.....	52
2.3. Esperanza y encuentro.....	53
2.4. Tarea de cada generación.....	54
2.5. Esperar con el otro que sufre.....	54
3. Esperar “para otros” y “para el mundo”.....	56
3.1. ¿Es posible esperar para otro?.....	56
3.2. Esperanza solo para la humanidad y no para el hombre.....	58
3.3. La cuestión de la muerte en el centro del debate.....	59
3.4. La condición amorosa y la necesidad de esperar para el otro amado...	60
3.5. Esperar para los desesperados.....	63
3.6. Esperar para la creación.....	65
4. Esperar “por otros”.....	71
4.1. Esperar por otro en representación-sustitución.....	74
Reactivar nuestra esperanza... ..	79
Bibliografía.....	81
RETIRO DE CUARESMA- Historia de una relación accidentada: “Tú por la luz, el hombre por la muerte” - M^a Ángeles Gómez-Limón.....	85

2. Esperar con otros

El que espera es el ser humano entero, su entera persona –y por ello también como individuo–, pero como individuo religado a su prójimo, a su comunidad. El ser humano es un ser social, en relación, y aisladamente, al margen de los otros, simplemente, no es. Pero por tratarse también de un ser mundano e histórico, espera con toda la naturaleza y la historia. Él espera con ellas y con él espera la entera creación y toda la humanidad.

2.1. El “nosotros” como sujeto de la esperanza

La esperanza es inseparable del amor solidario. Y el paradigma es Cristo que esperó con todos y por todos, consumando así también nuestra esperanza, al ponerse absolutamente al servicio de los demás. De ahí que *la esperanza solo sea verdadera como co-esperanza*, y que el auténtico sujeto de la esperanza sea un “nosotros”⁵⁰.

Desde el AT esta es una certeza del pueblo de Dios, que utiliza la referencia a una esperanza común como fórmula técnica que define a los creyentes: “*los que esperan en el Señor*” (Sal 25,3; 37,9). También los discípulos de Jesús se autocomprenden, aun en la duda que los embarga tras la muerte de su maestro, como aquellos que “esperaban”⁵¹. Y las primeras comunidades cristianas, tal como lo narra el autor de la *Carta a los Hebreos*, en el capítulo 11, traza una especie de historia de salvación, que desde Abel llega hasta su época, en la que se entreteje el destino de los que viven en la esperanza y su estar en camino hacia una promesa única y común. La teología de los Padres continúa esta línea que pone de relieve que tanto la salvación como su esperanza habían sido consideradas siempre como una realidad comunitaria.

Somos llamados a *esperar con los otros*, en ese espacio común donde cada uno es responsable de los demás y rehén

⁵⁰ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O.: *Raíz de la esperanza*, o.c., p.518.

⁵¹ Lc 24,21: “Nosotros esperábamos que él fuese el libertador de la nación de Israel...”.

de su destino. Si nuestra esperanza es Jesucristo, no podremos tenerlo al margen y en independencia de los demás. “*La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo solo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán*”⁵².

2.2. La esperanza en comunidad

La esperanza solo es posible radicalmente en comunidad. Y nuestra comunidad, la eclesial y la carismática, lo es en tanto que aquellos que la constituimos compartimos una misma esperanza. No podríamos “estar alegres en la esperanza” si esta no incluyera a los otros, si lo que espero para mí no lo esperara también para aquellos a quienes amo y para toda la humanidad. Compartir un horizonte de futuro une aún más que participar en el trabajo presente.

Las comunidades cristinas se reconocen por esto. Han sido convocadas por el Señor, que ha depositado en ellas un carisma y con él una tarea, y una esperanza. La misión de la comunidad es mantener viva esa esperanza, gestarla entre todos, sostenerla entre todos, anunciarla entre todos, testimoniarla entre todos. Esto supondrá que en algunos momentos el rol de uno será fundamentalmente “soportar”, mantener a

otros en la esperanza; y en otros momentos: “ser llevado”... ser sostenido en la esperanza. En ocasiones nos corresponderá alumbrar el camino con la luz de nuestra esperanza, y en otras confiar nuestra oscuridad y nuestra ceguera a la guía de nuestros hermanos.

La esperanza es un elemento decisivo para cualquier intento de efectuar cambios sociales que lleven a una vivacidad, consciencia y razón mayores. Destinados a ser una “comunidad de esperanza”, habrán de ser los más desesperanzados, los privilegiados de esta comunidad. Solo así iremos aprendiendo a vivir una solidaridad con los derrotados de la historia que sea también capaz de despertar las esperanzas heridas y agotadas que se apagan. Decía J. B. Metz que una comunidad eclesial que viva en el seguimiento de Jesús puede permitirse el lujo de hacerse despreciar por los poderosos y sabios, pero si quiere mantenerse en ese seguimiento, hay un lujo que no se puede permitir, el hacerse despreciar por los pobres y pequeños que “no tienen a nadie” (Jn 5,7) que comparta con ellos su esperanza.

Y es que “la esperanza está siempre ligada a una comunión, por más interior que ella pueda ser”, hasta el punto de que uno puede preguntarse si la desesperanza y la soledad no habitada no

⁵² *Sacramentum Caritatis*, 89.

son en el fondo una misma cosa. Por esta razón “no se puede abrir el proceso de la esperanza sin instituir al mismo tiempo el del amor”⁵³.

2.3. Esperanza y encuentro

Esperamos “*con otros*”... mucho más que “*contra otros*”, aunque haya momentos en los que parezca que esto se nos olvida y dé la sensación de que lo que nos une sea más aquello que rechazamos que cuanto buscamos.

Compartir la fe es participar con otros en una misma esperanza, contar con un horizonte común, sentirse parte de un sueño en el que avanzamos juntos. Por esta razón es posible hablar de un “*lenguaje de la esperanza*”, porque lo que espero, anhelo y deseo no puedo retenerlo dentro de mí y solo para mí, preciso comunicarlo.

Cada ser humano muestra su incansable búsqueda de sentido habitando el lenguaje del deseo y de la esperanza. Pero esta esperanza que “habitamos” no se da sin el encuentro con el otro: por ello, *encuentro y esperanza* se revelan como lugares de “sentido” para

el hombre. De hecho, la desesperanza se traduce habitualmente en “des-encuentro”, aislamiento o soledad deshabitada, mientras que la esperanza busca siempre compañía, busca ser co-esperanza desde el encuentro.

Y todo encuentro alcanza su plenitud cuando está signado por un *hacia*, que genera un caminar juntos. Dice Laín Entralgo que “en el «hacia» de la existencia humana se integran más o menos armónicamente, pocas veces con total armonía, el ‘hacia’ inmediato y empírico del proyecto y el ‘hacia’ remoto y fundamental de la esperanza, un ‘hacia’ *proyectivo* y un ‘hacia’ *elídico*”⁵⁴. Y es ahí, entre la inmediatez del proyecto y la siempre escurridiza “hacia delante” esperanza, donde se desarrollan nuestras vidas.

Es propio del hombre el proyectar con otros y buscar en el *co-proyecto* la realización personal. Es propio del creyente la co-esperanza, el no esperar solo, el sentir que otro/otros están implicados en esa espera que es la espera de los que se aman, de los que comparten la vida, que es en fin, la espera de una comunidad.

⁵³ MARCEL, G.: *Homo Viator*, o.c., p.69 y 51.

⁵⁴ LAÍN ENTRALGO, P.: *Teoría y realidad del otro. II Otredad y proximidad*. Revista Occidente, Madrid 1961, p.282.

Por otra parte, también es lógico, por nuestra condición frágil y finita, que en cada espera, que es proyecto y pregunta, anide al mismo tiempo la frustración, la pérdida, la no concreción de una meta, la desilusión. Y lo propio de la esperanza, en estas situaciones, es el volver a empezar. Un volver a empezar que tantas veces no sería posible sin “los otros”, porque no tenemos fuerzas, porque se ha disipado la ilusión, y el sentido. ¡Y cuántas veces, también, ese “empezar de nuevo” es simplemente un acto de amor, de entrega silenciosa al otro que nos aguarda y reclama!

“Cada generación tiene que ofrecer su propia aportación para establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía para el futuro” (*SpS*, 25).

Cada generación ha de asumir esta tarea, y al mismo tiempo ser capaz de dejar el espacio abierto y necesario para que la generación siguiente pueda asumir la suya. En este sentido, esperar “*con otros*” es también ser capaz de asumir que los que vienen detrás precisan formular de un modo diverso sus esperanzas, trazar otros caminos para alcanzarlas, y pronunciarlas con otra gramática.

“La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad

2.4. Tarea de cada generación

En otro orden, y también como consecuencia del hecho de que *esperar sea siempre esperar “con otros”*, es que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, siempre fascinante y provocadora, de nuevos caminos hacia el futuro sea tarea de cada generación, una tarea que nunca se puede dar simplemente por concluida, pero que no es posible obviar. Somos herederos de una esperanza que recibimos de otros, que hemos de construir y buscar revitalizar con otros, y que al fin habremos de transmitir a otros.

2.5. Esperar con el otro que sufre

El esperar con otros encuentra un lugar paradigmático de actuación cuando “el otro” es *el otro que sufre*. El sufrimiento se torna entonces “escuela de esperanza” y el “estar con” en *medida* de la verdad de nuestra entrega y nuestro amor. Lo expresa con claridad Benedicto XVI:

no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza” (*SpS*, 38).

Esperar con aquel que sufre no será posible sin asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que este llegue a ser también nuestro. Solo así el *consolar* y el *con-padecer* pueden ser portadores de esperanza y de sentido para el otro, y no mera lástima o sentimiento de conmoción tan fugaz en su aparición como en su desvanecerse. Cuando *padezco-con* el que sufre, el propio sufrimiento se convierte en un *sufrimiento compartido* y solo entonces será posible compartir también la esperanza, pues la *con-pasión* se convierte en espacio de la presencia de otro, y “el sufrimiento queda traspasado por la luz del amor” (*SpS*, 38). Y esto puede ser así porque Dios ha devenido nuestra

esperanza no solo otorgando un sentido a nuestro vivir y a nuestro sufrir, sino viviendo y sufriendo “con nosotros y por nosotros”. Bernardo de Claraval nos regaló aquella atrevida y hermosa expresión que aleja de nuestra mente la idea de un Dios distante y ausente de nuestros dolores, en su impassibilidad: *Impassibilis est Deus, sed non impassibilis*⁵⁵ (Dios no puede padecer, pero puede compadecer); y lo ha hecho de un modo definitivo en Cristo. Por eso, “en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*⁵⁶, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza” (*SpS*, 38).

Para la reflexión personal y comunitaria

1. ¿Qué experiencias tengo de “esperanzas compartidas”?
2. En la comunidad ¿cómo gestionamos nuestras esperanzas? ¿Hay algo específico que nos una, no solo como proyecto, sino como esperanza común?

⁵⁵ *Sermones in Cant.* Serm. 26,5: PL 183, 906.

⁵⁶ En latín *consolatio*, consolación, sugiere un *ser-con* que, por romper la soledad, da consuelo.

3. ¿Somos conscientes de las esperanzas recibidas de los que nos han precedido, con los que estamos en deuda?, ¿y de las que como generación hemos de dejar como herencia? Y por último ¿nos damos cuenta de que llega un momento de abrir “zanjas” para que otros construyan caminos de realización para sus esperanzas?
4. La calidad de nuestra esperanza se mide por nuestra capacidad de convertir el encuentro solidario con el que sufre en motivo de esperanza. Ante el sufrimiento del otro ¿considero la posibilidad de co-padecer para poder esperar así con el que sufre? ¿Cuál es habitualmente nuestra reacción? ¿Le permitimos al sufrimiento tener una palabra de sentido en dirección a la esperanza?